



Carlos Moya Valgañón

Catedrático de sociología de la
Universitat Complutense

A VUELTAS CON LAS ELECCIONES CATALANAS DEL 27 DE SEPTIEMBRE DEL 2015

Más o menos, más o mes, más que menos, menos que Mas. La poderosa mandíbula de Artur Mas proyecta su rostro en *avanti*: más es un imperativo existencial en resonancia identitaria, ontogenética con su apellido paterno. El castellano *más* se dice *més* en catalán, donde *mas* significa 'masía'. El *mas* es la casa que encabeza y da nombre a la finca que nutre y abastece las necesidades económicas de la familia payesa afincada allí desde generaciones, cuyo apellido por línea paterna da nombre propio a esa entitativa propiedad. En Formentera en lugar de *mas* se dice *can*: siempre recordaré el «can Costa» que una vez habité con Jose Mari Menéndez tan cerca de la playa de Migjorn. Nos lo alquiló Vicent Costa, que vivía con su familia en su casa de San Fernando. En la planta de arriba, el piso del hijo mayor, con su mujer y sus dos niños; enfrente, el piso de su padre, Vicent, con su esposa y los otros dos hijos. En la planta de abajo, el taller de bicicletas Costa, que casi todos los días se daba una vuelta por su finca, atendiendo a la huerta, la viña, el pozo, los cultivos.

Desde esta isla balear y su arcaizante articulación payesa, con esos mínimos pueblos que entonces eran Sant Francesc, Sant Ferran y el de la

Mola, aprendí a entender el viejo sustrato payés de Catalunya. Su tradicional articulación clánico territorial de base, reiterándose y metamorfoseándose bajo sus sucesivas condensaciones urbanas. Desde mis lejanos años de estudios en Alemania hasta hoy, siempre he tenido amigos íntimos de Barcelona, más o menos radicales en su catalanismo. Cuarenta años anterior al régimen constitucional de las autonomías nunca me he sentido fuera de nuestro común país en ese ubérrimo territorio peninsular, español. Que tan profundamente analizó y describió el genio de Josep Pla.

El trabajo en el *mas* o desde allí es lo que asegura y da lustre social a la familia payesa que le da nombre propio. En su moderna simbiosis con el castellano —la denostada lengua del Estado español— el viejo vocablo *payés* y apellido paterno se transforma en imperativo radical de expansiva autoafirmación del *poble* catalán y su vieja lengua —que antaño se llamó *llemosí* y *llengua d'oc*— sobre su propio territorio urbano payés, Catalunya. Tras siglos de corruptora dominación y explotación por el poder central que encarna la capital Madrid, Catalunya solo será una, grande y libre con su soberana independencia del Estado español acaudillada por Mas. Mediáticamente convertido en líder carismático de la novísima nación soberana que en estas inminentes elecciones del *Govern autonòmic* se pronunciará plebiscitariamente. Iniciando formalmente el proceso de secesión y republicana independencia respecto del Estado español —el Reino de España y su democrática constitución de libertades y autonomías. Un diseño político cuya radical completud política se alcanzará en el 2017. Nos lo promete el millón y medio de participantes en la última «Diada» celebrada en Barcelona. Si nos ajustamos al tamtam matraca de los medios con que el Govern Pujol Mas Junqueras amordazó la opinión pública de los catalanes en nombre de Catalunya.

Cuando fui con Ramón desde Mas Vert a Madremanya, se me hizo transparente la invención catalana de la letra ñ en el nombre *España*, afilando topográficamente la tesis de Américo Castro, en su discusión con Sánchez-Albornoz sobre el origen provenzal del vocablo *español*, 'espagnol' en la lengua de oc. La transcripción fonética en castellano de la pronunciación catalana de Madremanya da «Madremaña». El conjunto catalán de letras «nia», resonando sobre el «gnol» de los occitanos, nos advierte del origen lingüístico de la ñ en el castellano. El nombre *España* es un invento catalán como también lo fue el nombre *peseta* para la moneda española anterior al euro.

Madremanya, evidentemente, es la deriva en romance catalán del nombre latino anterior *Matermagna*. La Magna Mater, la gran diosa del Mediterráneo, anterior al cristianismo, que en Madrid encarna la diosa Cibeles en el paseo de la Castellana. Con su apelación en el *llemosí* catalán, tenemos la inmediata deriva del latín clásico *Hispania* a su conversión en *Spania* en la escritura de San Isidoro de Sevilla, en la Alta Edad Media cuando los visigodos. La transcripción fonética al catalán del latín sevillano *Spania* resulta *Espanya*, inventando la ñ en el nombre *España* del romance castellano: el español, convertido ya en lengua hispanoamericana en expansión hasta Filipinas y Canadá. El uso de esa peculiar letra ñ, tan singular frente al resto de los alfabetos europeos, produjo quebraderos de cabeza cuando la tipografía de los ordenadores se impuso sobre la de las máquinas de escribir, en las primeras décadas de su expansión mundial, iniciando con la televisión el salto desde la era Gutenberg a la galaxia McLuhan. A estas alturas de la era digital la gran industria tecnotrónica en floreciente y expansiva aceleración y complejización es el gran motor de la ambiental inmersión semiotrónica en que habitamos actualmente nuestro común planeta.

En nuestro tiempo digital, en nuestra era semiotrónica, hace algo más de una década que se resolvió el problema tipográfico con la «eñe» en términos tecnoindustriales. El mercado potencial hispanohablante abarca algo más de 500 millones y todo el mundo quiere su propio telefonino hablando/ escribiendo español con la letra ñ (eñe), cuyo sonido en la semiótica catalana se escribe *ny*, correspondiente al provenzal *gn*.

Este plural país que antaño se dijo la tierra de María Santísima y mucho antes adoró durante largos milenios imágenes de la Dea Mater es el antiquísimo país de las madres, tal como se mienta al final de la primera parte del *Fausto*. Me lo recordó Ernst Jünger cuando su doctorado *honoris causa* en Bilbao (1983). Y ahora recuerdo un magnífico mosaico hispanorromano, encerrado en tapias de cuatro metros —que Yuyo y Gracita me descubrieron muy cerca del extremo occidental de la playa marbellí. En aquel mosaico aparecía un corro de señoras de negro luto bailando ante la diosa Gorgona que las presidía. «Isis la de mil nombres» fue el gran tratado mitogónico de Plutarco sobre los innumerables rostros y figuras de la Magna Mater, anterior a Zeus y a Moisés. La diosa con sus dos ojos, la diosa de los ojos, nos sigue mirando, como en Asturias, desde Peña Tú. El dogma de la inmaculada concepción de la Virgen María, apoteosis popular desde Sevilla al resto del

país, fue católica invención española, en pleno esplendor barroco de nuestro Siglo de Oro. Un invento doctrinal en sincronía con las guerras de religión contra los protestantes flamencos y alemanes, que acabaron llevando a la bancarrota la católica monarquía imperial de los Austrias.

La contraposición entre el perfil horizontal del pueblo de Madremanya con la rigurosa vertical de la torre de la catedral de Girona dice también la ambivalencia polar de esa memoria colectiva que nombramos *Catalunya* en su compleja diversidad. Entre el goce solar de las playas de Empúries, Roses y Sitges y el frío severo de sus monasterios que irradia Montserrat, colgada en sus peñas montañosas custodiando la Moreneta. Parece que Madremanya sostuvo hasta el siglo XVII fiestas particularísimas que molestaban y ofendían al catolicismo vertical del obispo de Girona. Alguien debiese investigar esa guerra litúrgica entre la gente de Madremanya y el poder episcopal de la catedral episcopal de Girona. Desde San Pere de Roda el frío de lo alto se glorifica en los ojos abiertos a luminosa amplitud horizontal del Ampurdán, con sus multiplicados montecillos y valles.

Mater Magna Catalunya, Dea Mater de tots sus hijos, los catalanes. Cómo olvidar aquí la enorme catedral de la Sagrada Familia con que el genio de Gaudí coronó Barcelona pocos años antes de morir atropellado por un tranvía, estrenando el moderno progreso circulatorio en la ciudad.

Como sistema excluyente de representaciones emocionales que se postula soberano frente al Estado español, el nacionalismo catalán deviene religión política de la masiva audiencia de Pujol, Mas y Junqueras. Intentemos avistar la secular configuración histórica de esa memoria victimaria, que constituye el núcleo sacrificial del independentismo catalán, su sagrado martirologio.

Disparando el declive del imperio español de los Austrias, 1640 fue una fecha fatal. Arreció a peor la guerra contra los protestantes y los piratas de Flandes, a la vez que los catalanes y los portugueses se alzaban contra Felipe IV y su valido, el conde duque de Olivares. Tras doce años de guerra, Barcelona fue derrotada y Portugal ganó su independencia con la dinastía de los Braganza. Sesenta años más tarde, cuando la Guerra de Sucesión a la muerte de Carlos II enfrentando a los partidarios de un nuevo Austria frente al candidato Borbón que postulaba el rey de Francia, los catalanes se fueron con el partido austriaco. Que fue el perdedor en aquella dinástica guerra

civil española, una suerte de guerra mundial europea a la vez. Así que, en 1710, nuestro primer rey Borbón, Felipe V, hubo de asediar militarmente la capital catalana hasta su rendición final en 1714, liquidando sus viejos fueros tradicionales, mantenidos con el imperio polisinodial de los Austrias.

Asomándome a la larga historia de las rebeliones de Barcelona frente al poder estatal, que ya sucedió en los tiempos bajomedievales del Reino de Aragón, creo advertir una reiterada constante local. Una y otra vez, en las sucesivas crisis y quiebras de las sucesivas figuras políticas del Reino de España, entra en erupción, en sus oficiantes, el viejo arquetipo de república urbana que ya fue Catalunya Barcelona, cuando su invención bajomedieval, con Florencia y Venecia como prototipos.

En aquella ocasión, cuando los reyes de Aragón, crónicamente supeditados a sus magnates y ciudades, aprovechando la ausencia de Pedro III, volcado en la conquista de Sicilia, se rebelaron contra su autoridad, obligándole a aceptar Cortes anuales y focalización del Gobierno. En plena prosperidad Barcelona, que se gobernaba por cinco consejos y el Consell de Cent, creó una comisión permanente para controlar los impuestos reales. Y de ahí avanza el origen de la Generalitat.

Tras esa exitosa primera rebelión, viene la saga martiroológica de 1640 y 1710 acuñando el arquetipo colectivo victimario en la memoria catalana. Una y otra vez Barcelona Catalunya, luchando en defensa de sus viejos fueros y libertades, fue derrotada, vencida y ocupada por los ejércitos del poder español. La rebelión contra el conde duque de Olivares en 1640 fue la respuesta del Consell de Cent al incremento fiscal en impuestos y en soldados que pretendió la modernización fiscal y la Unión de Armas de los diversos reinos peninsulares que con sus específicos fueros y consejos integraban la monarquía española. Cuando Castilla pechaba con su ruinoso pago en dinero y en sangre, en impuestos y en hombres para los tercios, costeados al máximo el esplendor imperial sobre ambos mundos del reino español de los Austrias, alimentado además por el oro y la plata de las Indias Occidentales. Felipe IV respetó y mantuvo en vigor los fueros catalanes, tras aquella guerra disparada por la matanza del virrey catalán a manos de una iracunda turba de payeses armados de hoces, que se sigue cantando en *Els segadors*. Muta de inversión (Canetti, «Masa y poder»), generando historias y leyendas. Pasados por las armas del Conde Duque, aquellos segadores presiden el martirologio

catalanista. Su capítulo sucesivo fue la derrota en 1714 por las tropas de Felipe V, cuando la guerra civil española que fue la Guerra de Sucesión, a la muerte de Carlos II, el Hechizado. Ya dije que Barcelona se apuntó al bando austriaco y perdió, y fue ocupada militarmente por las tropas de Felipe V de Borbón. Que liquidó los viejos fueros catalanes con sus decretos de Nueva Planta. El martirologio catalanista celebrando el desastre total de aquella ocasión está icónicamente encabezado por Rafael Casanova, aquél heroico aristócrata español y catalán que fue gravemente herido en la guerra española por la sucesión dinástica en el Reino de España. Felipe V fue nuestro primer rey Borbón y con él nos llegaron las nuevas luces del Reino de Francia. El tricentenario de aquella trágica derrota fue ampliamente celebrado por la Generalitat de nuestros días.

Desde la primera rebelión victoriosa de Barcelona a los sucesivos desastres de 1640 y 1712 la memoria urbano payesa Barcelona Catalunya va destilando la sagrada saga de su pasión del *poble* catalán siempre afligido por el poder español. El nacionalismo romántico del siglo XIX perfiló la saga. El desastre de la República catalana de 1934, la Guerra Civil española y la dictadura de Franco fueron penúltimos avatares de la pasión catalana. Aquella gloriosa república urbana que fue la Barcelona del siglo XIX deviene arquetipo colectivo emergente, una y otra vez, con cada explosión frente al mal gobierno de España/Madrid. Y ello está en el corazón mental del sucesivo tándem Pujol Mas Junqueras, oficiando la *cosa nostra* de «la nostra nació, endavant». «Órdago a la grande, somos una nación soberana.» En el pliegue semántico de esa autoidentificación existencial está encerrada la fe que moviliza el arquetipo república urbana. Repito aquí cosas de Jung, Eliade y García Pelayo discurrendo estas páginas.

Con sus multiplicados partidos, confesiones, denominaciones, sectas y grupúsculos, la democracia es la religión política moderna (John Gray). En nuestro avanzado tiempo semiotrónico proliferan esas formaciones políticas que decimos *populistas*, con sus efimeros oficiantes y masas de fieles creyentes en el pastoreo de sus líderes, mientras dure la burbuja crediticia de la fe. Erosionada en Catalunya por tantos sitios y enfrentada ahora a la autoexclusión de Europa y del sistema político y financiero del mundo occidental. La duración del carisma político en nuestra era digital es una volátil posesión virtual que, tras sus trucos escenográficos, puede acabar en otra versión más del fraude político fiscal, a cargo del clan Pujol Mas

haciéndose con «la cosa nostra». Pues la fe, que mueve montañas y masas electorales, resulta inmune más o menos tiempo a las ilustradas razones de su pública recusación a escala española y occidental. Junqueras, el jabalí de Esquerra Republicana, que es profesor de instituto en historia, presenta todos los síntomas de una acendrada fe en la independencia y el soberanismo. Muy ilustrativa fue su entrevista con García-Margallo, el ministro español de Asuntos Exteriores.

«Queremos una España unida y fuerte», le dijo hace unos días en la Casa Blanca el presidente Obama a nuestro rey Felipe VI. Lo cual me hace recordar, con discreta ironía, aquél viejo dicho del canciller Bismark, al poco de su victoria sobre la Francia de Luis Napoleón Bonaparte: «La nación más fuerte del mundo es sin duda España. Siempre ha intentado autodestruirse y nunca lo ha conseguido. El día que deje de intentarlo volverá a ser la vanguardia del mundo.»

En Catalunya Artur Mas, con el 38% de los votos, ganó las elecciones y Albert Rivera (21%) se convirtió en la segunda fuerza del Parlament. Bailando Iceta, el PSC capoteó el marrón electoral consiguiendo dieciséis escaños. El PP y también Podemos son los perdedores. Desde las elecciones andaluzas hasta aquí el techo electoral de Pablo Iglesias se va limitando, de cara ya a las elecciones generales. Y a la vez, Ciudadanos prosigue su ascensión; como Mas, Rivera es de Barcelona, sino que Catalunya es su tierra española.

Creo que esta noche llegaba a Roma el papa Francisco después de su clamoroso viaje por Cuba y los Estados Unidos celebrando la decisiva intervención del presidente Obama con los hermanos Castro. La Casa Blanca, el Congreso y la Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) fueron los escenarios en que confluyeron el papa Francisco y Felipe VI. Las elecciones catalanas y su postulado caudillo Mas llegaron a la conversación de nuestro Rey con el presidente Obama, que entonces le dijo: «Queremos una España fuerte y unida.»

Tras la luna llena en eclipse que tuvimos ayer por la noche, rematando la jornada electoral catalana, la radiante plena luna de hoy, miércoles de madrugada.

Desde el *Financial Times* a *El País*, los medios occidentales acuñaron la noticia: Artur Mas había ganado las elecciones al Parlament (63 escaños),

pero había perdido su pretendido plebiscito: frente al 48% independentista había un 52% unionista. Y los 73 escaños que consiguió en su alianza con la antisistema CUP están asediados por los 74 de su fragmentaria oposición encabezada por Ciudadanos.

Con una masiva participación (73%), magníficamente organizadas y masivamente atendidas por la prensa occidental, las elecciones catalanas han sido ya noticia mundial con dos editoriales sucesivos del *Financial Times*. Artur Mas como ambivalente figura estelar enfrentando ahora la estrella ascendente de Albert Rivera, con su abierto discurso «Cataluña es España».

Vamos a ver como se mueve la cosa pública catalana en el renovado Parlament, con sus dos mitades en antitética conjunción. A los efectos de este común país y de su democrática renovación política, el empujón catalanista, un disparate surreal en ojos occidentales, marca una fecha decisiva en nuestra común historia local como democracia; agujijoneando el proceso de reforma política y renovación generacional en el nuevo tiempo abierto por la convergencia de las elecciones europeas de 2014 y la proclamación parlamentaria de Felipe VI como rey.

Entre tanto, la proclamación de Artur Mas como presidente de la Generalitat sigue en suspenso, se atasca; los de la CUP no le quieren, y desde Albert Rivera a Pablo Iglesias se ha puesto el veto a su nominación y a su «hoja de ruta» secesionista.

Las elecciones catalanas valen también como primarias ante las generales que vienen el 20 de diciembre, según ha dicho el presidente Rajoy. La candidatura de Mas está atascada en su difícil negociación con los antisistema de la CUP. En ABC Salvador Sostre argumentó el crónico gafe del candidato Mas en su sucesiva carrera electoral, Santos Juliá en *El País* truena contra la «nacionalización del pasado» por las nuevas clases políticas de las autonomías desde comienzos del siglo XXI, falseando románticamente la verdad histórica: la Guerra de Sucesión del siglo XVIII no fue una guerra «entre dos naciones hechas y derechas, España y Cataluña», sino entre los partidarios españoles de la dinastía austriaca frente a los españoles que apoyaban al candidato Borbón. Pero la Generalitat catalana, proyectando sobre el pasado su voraz nacionalismo, con todos sus medios y un puñado de historiadores secuaces, se inventó la falsaria versión soberanista. Arcadi

Espada en *El Mundo* disecciona el «cadáver del catalanismo», tras su escrito mortal en estas elecciones, desvelando su traición a la Constitución que hizo posible los gobiernos de Pujol y Mas. Albert Rivera es la esperanza de una «nueva política española», en que a «la primacía de la mentira suceda la primacía de la verdad».

En nuestras mediáticas democracias occidentales devienen los viejos arquetipos victimarios románticamente configurados en la era de Gutenberg, devienen volátiles burbujas semiotrónicas, tras el periodo matraca celebrando sus efímeros ídolos.

Veremos lo que sucede en el 20 de diciembre, mientras tanto nos aguardan dos meses de enfebrecida campaña electoral.

Madrid, 11 del 10 de 2015

* * *

Querido Tito:

Te mando este artículo inédito sobre Catalunya que inició una larga masa de apuntes hasta hoy. Borradores para una revisión posterior, para la que ahora no tengo tiempo: tantas cosas han sucedido desde aquellas elecciones hasta ahora, con Oriol Junqueras en la cárcel junto con los demás imputados del Procés, Torra presidiendo el Govern y Ciudadanos (Inés Arrimadas y Albert Rivera) el partido más votado en las elecciones del 22 de diciembre 2018 que, tras la aplicación del artículo 155 de la Constitución, convocó Mariano Rajoy. El bloque soberanista domina el Govern, y Junqueras, tras la fuga de Puigdemont y el nombramiento de Torra, convierte a Esquerra Republicana en el partido soberanista de máxima audiencia electoral. Hundiendo sus raíces en una larga tradición histórica, el nacional populismo catalán tiene ante sí un largo futuro.

Un abrazo, Titus